Soledad Orozco

Hablo por teléfono para concertar la cita. Me contesta una mujer de voz apagada, con una gran fatiga, como si estuviera deprimida. Me presento brevemente y expongo el objetivo de mi visita: hacerle una entrevista para un número de *fem.* dedicado a los antecedentes del feminismo en México. Titubea un poco. Me hace algunas preguntas como para situarme. Finalmente, me concede una tarde, dejando entrever una suerte de perplejidad de "ser tomada en cuenta" todavía. Se le escapa una expresión significativa: "...es que yo ahora estoy tan tirada... No sé por qué alguien quiere hablar conmigo". Fijamos día y fecha.

Llego lamentablemente tarde a nuestro encuentro. Percibo que me ha estado esperando con cierta ansiedad. Sobre la mesa de la sala hay documentos con datos biográficos que evidentemente desenterró para mostrarme. Su recepción me sorprende. Me recibe con un gesto de alegría, un abrazo y una gran sonrisa. Tengo ante mí a una mujer de edad avanzada (después decubro que tiene 82 años), aún hermosa. Debe haber sido alta y de cuerpo bien formado. Elegante. Piel morena clara, facciones finas y regulares, unas manos fuertes, y sobre todo, una linda e inteligente sonrisa. Le doy mis disculpas y le presento un numero de *fem.* pues me había dicho que no conocía la revista. Le da un vistázo y la deja caer sobre el sofá. "Vamos a lo nuestro" parece decirme con su actitud, "tenemos mucho que trabajar". Entra en la habitación un hombre también mayor. Luego descubro que es un hijo suyo, con quien vive todavía. Aprovecho la interrupción para mirar a mi alrededor. Estoy en un departamento en la avenida División del Norte, arreglado con una mezcla de elegancia y comodidad característica de su dueña. Alternan los muebles de estilo con unos toscos archiveros de madera. Tiene también un leve aire provinciano, dado quizás por los arreglos de flores o, más aún, por las dos grandes muñecas de celuloide, de grandes ojos verdes y rizos oscuros, colocadas en los extremos de un largo sofá estilo Imperio. Sentadas allí, como centinelas de un pasado, son un objeto importante en esa casa. Lo compruebo poco después, cuando la vecina de arriba trae a su sobrinita a conocerla. ¿Habrán sido de la dueña de casa? ¿De sus hijas, quizás? Aún no lo sé. Es difícil penetrar en la vida de Doña Soledad; acostumbrada a la actividad pública, de larga trayectoria política, que ha desarrollado un cierto discurso para tratar con periodistas, y además, de una generación que no acostumbra compartir su vida privada con otras mujeres...

Mientras mi anfitriona atiende a su hijo, me dedico a escudriñar los diplomas colgados en la pared. Cuando regresa ya sé que fue fundadora del Partido Nacional Revolucionario en 1929 y que en 1977 ANFER la homenajeó por sus cincuenta años de militancia en las filas de la Revolución. Sin embargo, al iniciar la entrevista, me topo con un descubrimiento mucho mayor que me produce una especie de admiración avergonzada por haber llegado a ver a Doña Soledad en estado de virginal ignorancia: en 1937 se postuló como diputada por el 2º distrito electoral del Estado de Guanajuato. Así, mi anfitriona me conduce, yo boquiabierta, a la pared del corredor en donde se encuentra colgado un cartel de dicha campaña: SOLEDAD OROZCO AVILA COMO CANDIDATA A DIPUTADA LOCAL PROPIETARIA, ABRAHAM MARTINEZ COMO SUPLENTE.— ¿Y qué pasó? le pregunto, cuando volvemos al comedor. —Bueno, sonríe, gané la votación y el Partido tuvo que registrar mi candidatura. Esta ha sido la gran hazaña de Doña Soledad. Seguramente, a juzgar por el tono de discurso que adopta, la ha tenido que contar innumerables veces: —"Yo lancé mi candidatura con el acuerdo del Frente Unico Pro Derechos de la Mujer y apoyada por la Federación de Trabajadores de León, CTM. Este arrojo, no obstante la época y lugar tan reaccionario, despertó tal fuerza en la ciudadanía, que culminó en el registro que de mi candidatura hizo el Comité Municipal del PNR. A decir verdad, fue un verdadero caso insólito. La brecha quedó abierta".

Se me agolpan las preguntas. Le reitero el motivo inicial de la entrevista. —Doña Soledad, quiero pedirle que me cuente sus hazañas, lo que usted ha hecho y logrado en todos estos años. Pero sobre todo, y muy especialmente, quiero conocer la historia de la mujer que hizo todo eso, y de la lucha muy particular y seguramente muy difícil que habrá tenido que librar en varios frentes para lograrlo. Por un momento, la cara de mi interlocutora se vuelve a alumbrar con esa sonrisa tan característica. Esta vez, fugazmente, como si me hiciera un reconocimiento, y me estuviera diciendo que entendió perfectamente lo que quise decir, pero que, desde luego, se reserva el derecho a contestarme. Su vida es de ella y de nadie más. Su trayectoria política, su leyenda, otra cosa. Aún no está lista para hablar de la primera. Muy bien. Trato

hecho. Empecemos. —Cuénteme, entonces, su historia...

SOA.— Mire usted, creo que nací con vocación de lucha. Ahora le voy a decir por qué. Mi nacimiento fue en Lagos de Moreno, Jalisco, el 5 de febrero de 1901. Nací a las dos o tres de la mañana, hora en que los musiquitos del pueblo se juntaron para ensayar el himno a la bandera. Corrió la voz de que había nacido —yo fui la primogénita— y se fueron a mi casa a tocarme las mañanitas. Cuando mi mamá oyó la música, le hizo una predicción a mi padre: "esta hija mía va a ser del gobierno..."

Desde muy pequeña me gustaba andar con mi papá en los grupitos que preparaban la Revolución, allá por 1906. Leían varios periódicos y folletos como *Arte y Letras, Boletín Militar, Boletín de la Guerra,* y hacían sus comentarios. Yo prefería eso a quedarme con mi mamá a lavar los pañales. Cuando tenía nueve años pasó Madero por Lagos. Fue tanta mi insistencia, que mi papá me llevó a conocerlo y le estreché la mano.

Mi madre no me decía nada acerca de estas inquietudes, y mi padre estaba tan entregado a la Revolución que no le importaba mi propia vocación. Más adelante, cuando me vio tan comprometida a los dieciséis años, entonces sí ya no le gustó.

Hice mis estudios en el Liceo del Padre Guerra, en donde fuí alumna de Mariano Azuela y Francisco González León. Hasta ahora, pienso que lo poquito que sé se lo debo a estos dos grandes maestros. Ya desde entonces estaba yo entregada a la política: tenía muy adentro organizar cosas con los estudiantes y discutir la marcha de la Revolución.

Con la lucha armada se suspendieron las actividades educativas en Lagos, así que en 1916 me trasladé a León, Guanajuato para continuar estudiando en la Escuela Normal que entonces dirigía el profesor Martín Muñoz. Tenía quince años. En ese entonces se fundó la Casa del Obrero Mundial. Me llamó la atención y me acerqué a ella. Participé en la formación del primer sindicato de electricistas en León. Estuve al lado de gente como Rosendo Salazar, Jacinto Huitrón y Rafael Pérez Taylor. Fue precisamente en ese momento cuando mi padre, por maledicencias y chismes, se alarmó por mi compromiso con la lucha política y por mi independencia. De manera que regresé a Lagos de Moreno para ocupar una

Soledad Orozco

plaza de maestra en la Escuela Primaria Elemental que había sido creada recientemente por el General Manuel Diéguez. Estuve allí un año para luego volver a León adonde regresé a trabajar también como maestra. Me fui de mi casa sin el consentimiento familiar, pero yo estaba decidida. Una vez en León, viví en casa de una compañera de la escuela con quien estuve un tiempo hasta que me las ingenié para conseguirle trabajo a un tío mío en una fábrica de zapatos. Lo convencí de que se viniera a León a vivir conmigo y se trajera a mi abuela y sus dos hijas. Mi madre había muerto de una manera violenta, a consecuencia de la Revolución. No quiero hablar de eso. Creo que su muerte me impresionó tanto que me hizo más independiente aún: sentía que mi vida no valía nada. Eso me hizo valiente, arrojada. A tal punto que no me importaba cruzar una vía cuando pasaba el tren... Mi padre no se vino a León con nosotros. El se volvió a casar y rehizo su vida.

Poco tiempo después conocí a quien fuera mi marido, Ramón Orozco Avila, discípulo de Filomeno Mata, y quien me iniciara en el periodismo. Lo conocí de una manera muy curiosa. En esa época se estilaba en el Instituto, donde yo enseñaba, que los exámenes de fin de año fueran públicos. Yo tenía fama de ser buena maestra, me gustaba motivar a los alumnos y hacerlos descubrir cosas por sí mismos. Eso llamó la atención de tal manera que el día del examen final de mi grupo fueron varias personas a verlo. Entre ellas estaba él.

Fue quien me hizo periodista. Colaboré con él en el diario *El Bajío.* Hacíamos de todo Hasta la impresión. Fue mi maestro en muchas cosas y siempre me impulsó a escribir. Por ejemplo, más adelante me animó a colaborar con el periódico *El Rojo,* que editaba el General Amaro en la región de Los Altos (de Jalisco) mientras dirigía la campaña militar conta los cristeros. Estas colaboraciones dieron lugar a que él ordenara que se me diera la representación oficial ante los obreros que ocupaban el edificio en León que él le había incautado al Obispado. Por cierto, como nosotros éramos librepensadores, fuimos objeto de mucho atentados por parte de los cristeros. En una ocasión, llegó una turba a rodear nuestra casa. Querían prenderle fuego y ya le habían echado gasolina a las puertas cuando intercedió un personaje importante de León para salvarnos. Y es que a pesar de nuestras ideas, mi marido y yo éramos personas muy respetadas en esa ciudad tan reaccionaria.

Tuvimos seis hijos. A pesar de ello, yo colaboraba con él en el periódico y hacía actividad política. ¿Cómo organizaba yo mi vida doméstica? Mire usted, yo misma no sé cómo le hacía. Claro está, en esa época teníamos muy buen servicio doméstico y eso era una gran ayuda. Sin embargo, creo que salimos adelante porque mi marido era un gran organizador y me enseñó a ser así. Además, todo se compartía entre nosotros: los seis hijos eran responsabilidad conjunta y yo nunca sentí que la carga de educarlos y cuidarlos recayera solamente sobre mis hombros. Fíjese usted hasta qué grado éramos compañeros que cuando yo debía viajar para asistir a algún evento político, como por ejemplo a Guanajuato, él me preparaba las maletas y hasta me escogía la ropa que yo debía llevar para lucir mejor... Y así era nuestra vida... de mucho trabajo en el periódico, en la casa, en el taller y en la política. Figúrese... en 1929 participé en la organización y celebración del Primer Congreso Nacional de la Prensa Revolucionaria, prohijado por Portes Gil. En esas fechas, también colaboraba yo en el periódico *Patria Nueva,* editado por el General Cristóbal Rodríguez.

Todo eso terminó en 1934, cuando por amenazas de muerte tuvimos que abandonar León y refugiarnos en la ciudad de México. Ahí no teníamos a nadie. Vivíamos en un edificio en donde ni siquiera conocíamos a los vecinos. Econtré trabajo en la Secretaría de Educación Pública, en el De-

Homenaje a la pionera del voto. PRI, 8 de abril de 1972

partamento de Prensa y Publicaciones. Poco tiempo después, ya entrado el año 1935, mi marido murió de un infarto. Quedé viuda con mis seis hijos: la más pequeña, de brazos. Sufrí lo indecible para educarlos y sostenerlos. Empecé a trabajar tres turnos: en la Secretaría de Educación por la mañana, en Gobernación por la tarde y, por las noches, en el diario *El Popular*. A la chiquita la dejaba yo amarrada en la cama con mi rebozo mientras llegaban mis hijos mayores de la escuela. En realidad, ellos me ayudaron mucho. Nos organizamos muy bien entre todos para cumplir con las tareas de la casa. Yo misma no alcanzo a explicarme ahora cómo fue que organicé mi vida en ese entonces, pero quiero decirle que, actualmente, una de mis mayores satisfacciones es saber que formé a mis hijos como ciudadanos honestos y trabajadores. En algunas ocasiones tuve que meterlos de internos y entonces sufría muchísimo al ver sus camas vacías o sus lugares en la mesa. Pero me consolaba saber que estaban recibiendo una educación.

Por ese tiempo me propuse organizar a los empleados de la SEP para formar el Bloque de Trabajadores de Educación Pública. El objetivo era respaldar la acción social y cultural del PNR. Esa organización es la base del actual ISSTE. El Partido era mi vida, y pertenezco a él desde su fundación a pesar de que las mujeres no teníamos derechos políticos en ese entonces. Mi vocación por la política seguía tan intensa como siempre. En enero de 1936 se creó el Frente Nacional Antiimperialista y yo fui nombrada Secretaria de Acción Femenil del mismo.

MAU.— Bien, pues ya llegamos al momento de su campaña política. Cuénteme un poco de ésta.

SOA.— Mire usted, en 1934 hubo renovación de poderes en el Estado de Guanajuato. Había dos candidatos a la gubernatura: uno, independiente, llamado Federico Medrano Valdivia, de mucha rectitud. El otro se apellidaba Yáñez Maya. Como siempre, las maniobras políticas le dieron el triunfo a Yáñez Maya, pero fue repudiado por todo el pueblo de Guanajuato. Imagínese a qué grado habrá llegado la maniobra que, cuando Cárdenas asumió la Presidencia de la República, una de las primeras cosas que hizo fue anular la elección. Fue por esas fechas que mi marido y yo tuvimos que abandonar el Estado. Esa maniobra política dejó en mi ánimo un coraje indecible. Por otro lado, ya en 1936, estando yo de paso en Guanajuato, vi a las víctimas del asesinato del Comité Ejecutivo de Mineros del Mineral del Cubo, del que se rumoraba que era responsable el nuevo gobernador, Luís I. Rodríguez. Los mineros fueron asesinados en una carretera y dejaron los cuerpos allí, para que todos los vieran. Afortunadamente uno de ellos logró escapar vivo y nos vino a avisar. Fuimos al lugar de los hechos. Los cadáveres estaban casi irreconocibles, al punto que tuve que emplear mis medias y mi ropa interior para amortajarlos. Después vino todo el trabajo de recogerlos, avisar a las familias, consolarlas, hacer la denuncia pública y organizar el cortejo fúnebre al que asistió toda la ciudad de Guanajuato. Todo eso lo hice yo, aunque tuve, en esos momentos tan difíciles, todo el apoyo del Lic. Carlos Madrazo, en esa época secretario particular del Gobernador y gran amigo mío.

Ese fue uno de tantos antecedentes para que, ya perteneciendo yo al Frente Unico Pro Derechos de la Mujer, que se acababa de crear, se decidiera que debíamos luchar a fondo por la obtención del voto a la mujer.

Para entonces ya había muchos grupitos de mujeres en la política. Yo misma, desde 1919 había luchado por incorporarlas. Cuando se obtuvo el derecho al voto municipal, durante la administración del General Melchor Ortega, logramos responsabilizar a las mujeres de las casillas electorales de Guanajuato. Además, en todas partes había inquietud por la política. Recuerdo que en 1922, el gobernador Carrillo Puerto de Yucatán pudo reformar la ley electoral y su hermana fue diputada por un tiempo. Así que con esos antecedentes teníamos las cosas muy claras. Además, nos inclinamos por el voto en ese momento (el Frente tenía otras actividades también) porque sabíamos que contábamos con el apoyo del Presidente Cárdenas que ya había presentado un proyecto de reforma constitucional que logró la adhesión de veintidós estados. En esa propuesta de enmienda Cárdenas decía, entre otras cosas, lo siguiente: "En México, tanto el hombre como la mujer adolecen paralelamente de las mismas deficiencias de preparación, de instrucción y de cultura, sólo que aquél se ha reservado para sí derechos que no se justifican." Recuerdo las palabras textuales, pues ésta fue una de las clarinadas que llegaron a lo más hondo de mi espíritu para decidirme a lanzar mi candidatura a la diputación local por el 2o distrito electoral de Guanajuato. Por supuesto, plenamente apoyada por el Frente y por la Federación de Trabajadores de León, CTM.

MAU.— ¿Cómo entró en contacto con el Frente?

SOA.— Trabajando en la SEP. Allí conocí a la Profesora Esperanza Balmaceda quien ya estaba en pláticas con la Profesora Cuca García, la que promovió la creación del Frente. Una gran revolucionaria que destacó en la lucha armada en Morelia, amiga personal de Cárdenas quien la inspiró para crear el Frente. Esperanza me invitó a formar parte del grupo funda-

dor. Nuestro programa era muy amplio. Iba desde la creación de guarderías infantiles, derechos de maternidad en el trabajo, establecimiento de internados para los hijos de los trabajadores y, por supuesto, la igualdad de derechos políticos para hombres y mujeres.

Cuando me fui a hacer la campaña mis compañeras del Frente se hicieron cargo de mis hijos. Se los repartieron entre ellas y los trataron con todo cuidado y generosidad, sobre todo se ocuparon de sus estudios. Por demás está decirle los obstáculos y calvarios que tuve que vencer en mi campaña por el hecho de ser mujer y carecer en absoluto de recursos económicos. En medio de mi ánimo y estusiasmo por ir a la campaña, luchaba por vencer el sentimiento que me causaba el alejarme de mis hijos. Me sostenía pensar que ellos reconocerían lo que hice.

Gané la elección por un margen de 13 282 votos. No me reconocieron el triunfo, pero eso no importaba tanto como el precedente que habíamos sentado. Imagínese, teníamos todo el respaldo de la población femenina. En el comité directivo de la campaña había de todo: miembros del Partido Comunista y católicas trabajando juntas. La tesorera era de las Damas de la Vela Perpetua y del Apostolado de la Oración.

*

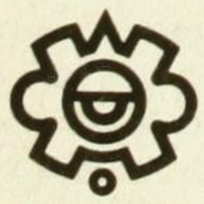
Nos hemos visto varias veces. En esta ocasión, se ha hecho muy tarde y, a pesar de su entusiasmo, Doña Soledad está cansada. Nos interrumpe, además, la visita de uno de sus más fieles amigos, Don Mere, dueño de un puesto en el Mercado de la Unidad Kennedy y co-fundador, junto con mi interlocutora, de la Asociación Mexicana de Alcohólicos en Rehabilitación. Viene a dejarle unos tamales y avisarle de la misa que va a celebrar para conmemorar sus veinticinco años cumplidos de sobriedad. La besa en la frente y se sienta a platicar con nosotros. Ella aprovecha el descanso para hacerme una confidencia. —Sabe usted, estoy tan deprimida, tan abatida. Tantos años de lucha y de esfuerzo, y ahora dependo de mis hijos para mi supervivencia. Parece mentira, yo que fundé sindicatos, guarderías y centros de asistencia. Yo que siempre fui una de las defensoras de la jubilación. Después de tantos años de trabajo en la SEP, en el Partido, ahora vivo de la casualidad. Cuca García, la fundadora del Frente murió de hambre, de verdad, murió de inanición. ¿Será nuestro destino, el de las que tanto hicimos por organizar a las mujeres alrededor de sus aspiraciones? No sé, yo no quisiera tantos homenajes de cartón. Hubiera preferido un reconocimiento más concreto: dejarme terminar mis días con dignidad, con medios propios, con la pensión que merezco.

Doña Soledad me guarda unos tamales en una bolsa de plástico para que me los lleve a casa. Afuera la lluvia arrecia y el ruido de la avenida se ha vuelto insoportable. Nos despedimos con un beso. Muchas cosas han quedado pendientes en nuestras conversaciones. Nos faltaron los últimos cuarenta años de actividad política, la fundación del ANFER, etc. Pero ella está delicada de salud y desde entonces no ha querido verme porque, según sus palabras, le apena recibirme en su lecho de enferma.

LA MUJER EN EL SIGLO XIX EN MEXICO

Bibliografía

Ma. de la Luz Parcero



DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION Y VENTAS
CORDOBA No. 45
MEXICO, D.F. 06700
Tels. 525 07 37 y 533 22 63 ext. 149

Para un análisis de la corrupción

Risieri Frondizi
¿QUÉ SON LOS VALORES?
(Breviarios, número 135)

Stuart Hampshire y otros
MORAL PÚBLICA Y PRIVADA
(Sección de Obras de Sociologia)

W. Michael Reisman
REMEDIOS CONTRA LA CORRUPCIÓN
(Colección Popular, número 216)

Erich Fromm
¿TENER O SER?
(Sección de Obras de Filosofia)